

EL DR. Tal vez este carácter divino de su religion autoriza á los judíos para creer que su práctica será siempre agradable á Dios.

EL TEÓL. Las verdades morales y dogmáticas de la religion judía tienen el carácter de perpetuidad que deseais, porque solo fueron abrogadas las formas políticas y las ceremonias legales. En sus propios libros vemos las profecías que anuncian claramente esta abrogacion, de suerte que es por su duracion el cumplimiento de los decretos de Dios. Examinemos sino algunas de estas predicciones divinas. El Señor anuncia á Moisés un nuevo profeta legislador: *Yo suscitaré de entre sus hermanos un profeta semejante á ti... y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandaré*¹. Isaías proclama una nueva alianza en la cual deben entrar las naciones: *Sedientos, venid todos á las aguas... asentaré con vosotros alianza sempiterna, en cumplimiento de las misericordias prometidas á David. Hé aqui que yo voy á presentarle por testigo de mi verdad á los pueblos, y por caudillo y por maestro ó legislador á las naciones*². *Hé aqui que viene el tiempo, dice el Señor, en que yo haré una nueva alianza con la casa de Israel y con la casa de Judá; alianza, no como aquella, que contraje con sus padres el dia que los cogí por la mano para sacarlos de la tierra de Egipto*³. Un nuevo sacerdocio debia suceder al antiguo, segun asegura san Pablo á los hebreos⁴, y en virtud de las palabras de David aplicadas á Jesucristo: *Tú eres sacerdote sempiterno segun el orden de Melquisedech*⁵. El cambio de sacrificio está consignado en estas expresiones de Malaquías: *El afecto mio no es hácia vosotros, ni aceptaré de vuestra mano ofrenda ninguna. Porque desde Levante á Poniente es grande mi nombre entre las naciones, y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al nombre mio una ofrenda pura*⁶. Daniel habia dicho: *A la mitad de esta semana cesarán las hostias y los sacrificios*⁷. Finalmente la ciudad y el templo debian ser destruidos: *Un pueblo con su caudillo vendrá, y destruirá la ciudad y el santuario; y su fin será la devastacion; y acabada la guerra quedará establecida allí la desolacion... estará en el templo la abominacion de la desolacion, y durará la desolacion hasta la consumacion y el fin del mundo*⁸.

Por tanto la religion judáica contenia en sus libros y tradiciones el testimonio de su futura cesacion, que hace muchos siglos que se ha consumado de una manera manifiesta. No ignorais que el Señor habia hecho un pacto por el cual se obligaba á proteger á su pue-

¹ Deut. XVIII. — ² Isai. LV. — ³ Jer. XXXI. — ⁴ Hebr. VII, 8. — ⁵ Ps. CIX. — ⁶ Malach. I. — ⁷ Dan. IX. — ⁸ Ibid.

blo y hacerle célebre entre las naciones; mas ¿en dónde se ve el cumplimiento de este pacto divino, hace mas de diez y ocho siglos? Dios ha roto su alianza, separándose de aquel pueblo desventurado, que ya no tiene patria ni templo para ofrecer sacrificios al Señor. ¿En dónde está la familia de Aaron y la tribu de Levi para perpetuar el antiguo sacerdocio? Y sin embargo los sacerdotes de la familia de Aaron debian ofrecer el sacrificio delante del tabernáculo, y posteriormente en el templo¹. Á esta sombra del porvenir, que así la llamaba san Pablo, ha sucedido la religion de Jesucristo: *Finis legis, Christus*². Falta ahora demostrar la divinidad de esta religion por los milagros y las profecías de que hablan los Evangelios y los otros libros del Nuevo Testamento.

EL DR. Seguramente no tendréis mucho que hacer para establecer esta demostracion.

EL TEÓL. Ciertamente que no, porque las pruebas son claras, fuertes y numerosas. Comencemos por las profecías. Si tuviéramos que discutir contra los judíos, diríamos que, segun sus propios libros, diez y ocho siglos hace que debió aparecer el Mesías sobre la tierra; y una vez demostrado este hecho importante por las famosas profecías de Jacob³, de Daniel⁴, de Aggeo y de Malaquías⁵, probaríamos con testimonios históricos y tradicionales que todos los caracteres y circunstancias del Mesías se aplican y convienen indudablemente á Jesús de Nazaret, y que este es por consiguiente el verdadero Mesías. No siendo este sin embargo el aspecto bajo el cual debemos considerar la cuestion, para alcanzar el objeto que nos proponemos, bastará con cotejar un corto número de predicciones del Antiguo Testamento con algunos textos de nuestros Libros sagrados, que manifiestan su cumplimiento, señalando luego algunas profecías de Jesucristo para deducir esta consecuencia: que nuestros Libros santos y la religion en ellos contenida están confirmados con verdaderas profecías.

Segun muchos oráculos del Antiguo Testamento, el Mesías debia salir de la raza de Abraham, de David; ya sabeis que las genealogías consignadas en nuestros libros establecen claramente esta descendencia de Jesús⁶. Isaías nos da á conocer la concepcion del Mesías en el seno de una virgen: *Ecce virgo concipiet et pariet filium*⁷, lo que se verificó en Jesucristo, como se echa de ver en los Evangelios de san Mateo y de san Lucas⁸. Miqueas anuncia que el Me-

¹ Exod. XXIX; Deut. XVI. — ² Rom. X. — ³ Gen. XLV. — ⁴ Dan. IX. — ⁵ Ag. et Malach. II et III. — ⁶ Matth. I; Luc. III. — ⁷ Isai. VII. — ⁸ Matth.; Luc. I.

sías nacerá en Belen ¹; y en Belen nació Jesús ². Malaquías predijo que el Mesías, antes de entrar en su vida pública tendria un precursor para prepararle el camino: *Hé aquí que yo envío mi Ángel, el cual preparará el camino delante de mí* ³. Y Juan Bautista desempeñó la misión de precursor de Jesucristo ⁴. El Mesías debía hacer prodigios admirables, según estas palabras de Isaías: *Dios mismo en persona vendrá y os salvará; entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y abriránse las orejas de los sordos. Entonces el cojo saltará como el ciervo, y se desatará la lengua de los mudos* ⁵; y en los Evangelistas leemos los muchos milagros de Jesucristo, quedando por tanto realizado el oráculo del Profeta. Zacarías anuncia la entrada triunfante del Mesías en Jerusalen ⁶, con unas circunstancias cumplidas exactamente por Jesucristo ⁷, y el mismo Zacarías nos dice más adelante que el Mesías será vendido en treinta dineros, que es precisamente el precio convenido con Judas en la venta de Jesús ⁸. Los antiguos Profetas más describen que anuncian la pasión del Mesías, y el Salvador realiza todo lo predicho. *Fue ofrecido en sacrificio porque él mismo lo quiso, y no abrió su boca para quejarse: conducido será á la muerte sin resistencia suya, como va la oveja al matadero, y guardará silencio sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que le esquila* ⁹. *Presentará su mejilla al que le hiere; le hartarán de oprobios* ¹⁰. *Han taladrado mis manos y mis pies: han contado mis huesos uno por uno* ¹¹. *Ha sido confundido con los facinerosos* ¹². *Todos los que me miran, hacen mofa de mí con palabras y con meneos de cabeza... Pusieronse á mirarme despacio, y á observarme: repartieron entre sí mis vestidos, y sortearon mi túnica* ¹³. *Presentáronme hiel para alimento mio, y en medio de mi sed me dieron á beber vinagre* ¹⁴. Si examinamos en el Evangelio el relato de la pasión de Jesús, encontraremos en ella el más exacto cumplimiento de todos los pormenores anunciados por los Profetas. También predijeron estos la gloriosa resurrección y la ascensión triunfante del Mesías ¹⁵, y es constante que Jesucristo resucitó y subió á los cielos ¹⁶; de manera que las profecías del Antiguo Testamento quedan cumplidas en el Nuevo, demostrando la divinidad de entrambas religiones.

Aun cuando no tuviéramos en favor del Cristianismo las profecías que acabamos de citar, no dejaría de pertenecerle el carácter de di-

¹ Mich. v. — ² Luc. ii. — ³ Malach. iii. — ⁴ Luc. vii. — ⁵ Isai. xxxv. — ⁶ Zach. ix. — ⁷ Matth. xxi; Joann. xii. — ⁸ Matth. xxvii. — ⁹ Isai. liii. — ¹⁰ Thren. iii. — ¹¹ Ps. xxi. — ¹² Isai. liii. — ¹³ Ps. xxi. — ¹⁴ Ibid. lxviii. — ¹⁵ Isai. xi; Ps. xv. — ¹⁶ Matth. xxviii; Luc. xxiv.

vinidad, como que vemos en el Evangelio una multitud de predicciones hechas por Jesucristo y realizadas por la mayor parte durante su vida. En efecto, él mismo anunció á sus discípulos la suerte que le esperaba en Jerusalen, ó sea, sus ignominias, su muerte y en seguida su resurrección gloriosa ¹; predice que uno de sus discípulos le entregará á sus enemigos ², y que Pedro le renegará por tres veces ³; consuela á sus Apóstoles prometiéndoles que el Espíritu Santo bajará para fortalecerlos y enseñarles la verdad, y finalmente les da á conocer los progresos que obtendrán sus predicaciones evangélicas de uno á otro extremo del mundo: *Entretanto se predicará este Evangelio del reino de Dios en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones, y entonces vendrá el fin* ⁴. Tengo para mí que es enteramente inútil averiguar si estas predicciones se han cumplido y si reúnen todos los caracteres de profecías divinas, porque de ellos nos dan testimonios evidentes el Evangelio, la historia de la Iglesia y lo que está pasando á nuestra vista.

EL DR. Difícil me parece dudar de los milagros de que vais á hablar; por lo que desearía que os contrajerais á señalar los más notables sin discutirlos.

EL TEÓL. En el día pretenden muchos explicar alegóricamente los milagros para destruir lo que hay de extraordinario y de sobrenatural en el Nuevo Testamento, haciendo de Jesús un filósofo ó maestro de moral. Examinemos algunos de estos hechos, y veamos si son reales y verdaderamente milagrosos, ó tan solo figurados. El Salvador cambia el agua en vino, estando en las bodas de Caná ⁵; da vista á los ciegos de nacimiento, multiplica los panes en el desierto ⁶; resucita los muertos ⁷, anda sobre las olas y les manda que se aplaquen ⁸; en Galilea cura á los enfermos ⁹, leprosos, paralíticos, ciegos y sordos ¹⁰; y ¿cómo pueden explicarse alegóricamente estos hechos tan determinados sin chocar con el buen sentido? El Salvador dirá á los partidarios del naturalismo como á los fariseos obcecados por sus pasiones: *estas mismas obras maravillosas que yo hago dan testimonio en mi favor de que me ha enviado el Padre* ¹¹. Si estos prodigios fuesen solamente figuras, ¿creéis acaso que los Apóstoles las hubieran referido á los judíos después de la ascensión del Salvador, como pruebas evidentes de su divinidad? Así lo hacen sin embargo con toda confianza y publicidad, como consta por sus pre-

¹ Matth. xx. — ² Joann. xiii. — ³ Matth. xxvi. — ⁴ Ibid. xxiv. — ⁵ Joann. ii, 3. — ⁶ Matth. xiv. — ⁷ Luc. vii; Matth. ix. — ⁸ Matth. xiv; Luc. vii. — ⁹ Matth. iv. — ¹⁰ Ibid. viii, 9; xviii, 7. — ¹¹ Joann. v.

dicaciones: *Ó hijos de Israel, exclama san Pedro, escuchadme ahora: á Jesús de Nazaret, hombre autorizado por Dios á vuestros ojos con los milagros, maravillas y prodigios que por medio de él ha hecho entre vosotros, como todos sabeis*¹. Además de los milagros del Maestro hay los prodigios de los discípulos, que los hacian claramente en Jerusalem y en todas las tierras á donde fueron á predicar el Evangelio. *Eran muchos los prodigios y milagros que hacian los Apóstoles en Jerusalem*². San Pedro curaba con su sombra los enfermos expuestos en las plazas públicas³, y todos los Apóstoles, lo mismo que su divino Maestro, resucitaban los muertos⁴. Estos milagros de los Apóstoles concurren á confirmar los prodigios y la doctrina del Salvador, puesto que los hacen en su nombre y le atribuyen su gloria. Así lo confiesan ellos mismos: *Ó hijos de Israel, ¿por qué os maravillais de esto? Y ¿por qué nos estais mirando á nosotros, como si por virtud ó potestad nuestra hubiésemos hecho andar á este hombre*⁵? Citado ante los magistrados para dar cuenta de una curacion tan extraordinaria, san Pedro hace la misma protesta: *Declaramos á todos vosotros, y á todo el pueblo de Israel, que la curacion se ha hecho en nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y Dios le ha resucitado. En virtud de tal nombre se presenta sano ese hombre á vuestros ojos*⁶. Estos milagros de Jesús y de sus discípulos son indudablemente divinos, pues seria sobrado absurdo atribuirlos á Belcebú, como hacian los fariseos.

Despues de estas consideraciones llegamos al objeto de nuestros estudios sobre la divinidad de la religion cristiana. Si, digamos con razon y con entera certeza, los libros que nos la dan á conocer son auténticos, verdaderos y dignos de toda nuestra confianza, pues contienen profecias y milagros además de los susodichos, que atestiguan de un modo indisputable la verdad del Cristianismo, y que son el carácter visible y el sello manifiesto de su debilidad. Es necesario tener en cuenta que la autoridad de estos poderosos testimonios no se ha debilitado todavía despues de tantos siglos, ni deja de tener la misma fuerza en nuestros dias que en la misma época que los presenció, puesto que estamos seguros de su existencia en favor de la religion de Jesucristo por la historia y por las mas auténticas tradiciones. Así es que una vez fundado y establecido el Cristianismo, no ha habido necesidad de reproducir continuamente aquellos signos, supuesto que conservan la misma fuerza y aparecen en su seno como inmortales y majestuosos monumentos de su divinidad.

¹ Act. II. — ² Ibid. — ³ Ibid. v. — ⁴ Ibid. ix, 20. — ⁵ Ibid. III. — ⁶ Ibid. IV.

CONFERENCIA X.

LOS LIBROS SANTOS Y LAS TRADICIONES DIVINAS SON LA PALABRA DE DIOS.

EL DR. La cuestion que acabamos de examinar nos dispensará sin duda de probar que los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento son la palabra de Dios, porque los milagros y las profecias de muchos autores de estos libros demuestran de una manera suficiente sus relaciones con el Señor. Prueban además que sus obras son la fiel expresion de su voluntad divina y de sus comunicaciones con los hombres, quedando por consiguiente demostrado de una manera indudable que estos Libros sagrados son la palabra de Dios.

EL TEÓL. No debe forzarse la consecuencia de estos testimonios divinos; porque si bien contribuyen á establecer la verdad, y si así lo quereis, la divinidad de los hechos consignados en el Nuevo Testamento, no atestiguan por sí mismos que estos Libros sean la misma palabra de Dios. En este sentido vamos á examinar la cuestion. Para resolverla aduciremos pruebas tomadas de los mismos libros, cuya veracidad dejamos sentada, pues vemos en muchas de estas obras que sus autores escriben inspirados por Dios: *escribe esto*, dijo el Señor á Moisés, *para memoria en un libro*. En otros capítulos del Éxodo¹ y del Deuteronomio² hallamos reiterada esta orden. Tampoco podemos dudar de la inspiracion divina sobre los profetas, como que debian adquirir de Dios y escribir de su parte las predicciones que estaban encargados de anunciar: así el Señor dice al profeta Isaías: *Toma un pergamino grande, y escribe en él*³; y á Jeremías: *Escribe en un libro todas las palabras que yo te he hablado*⁴; no es por tanto necesario detenernos en estos libros proféticos, que son esencialmente la palabra de Dios. San Pablo dice que la sagrada Escritura en general es *inspirada por Dios*; y el sentido natural del texto no permite decir que sus palabras deban concretarse á las profecias, porque las profecias propiamente dichas no llenarian el objeto que señala á su discípulo, ó sea, el de instruir, de corregir... este fin está mas bien enlazado con los libros históricos y sapienciales. San Pedro nos dice: *No traen su origen las profecias de la voluntad de los*

¹ Exod. xvii, xxxi, xxxii. — ² Deut. ix, xxii. — ³ Isai. viii. — ⁴ Jer. xxx.